

AÑO DE FUEGOS

ALBERTO
VÁZQUEZ-FIGUEROA

CAPITULO I

La claridad del alba se dibujaba en el horizonte permitiendo distinguir un ángel roto, cruces, viejas lápidas con borrosas fotografías, farolas en desuso y marchitas coronas de flores que en otro tiempo adornaron las tumbas del pequeño cementerio que se alzaba en la cima de una desolada colina.

Al poco, esa primera luz difusa contribuyó a permitir percibir los desencajados rostros de seis temblorosos muchachos alineados contra una pared de ladrillos que observaban con los ojos casi fuera de las órbitas al pequeño pelotón que cargaba sus armas.

En un extremo de ese muro se distinguía un enorme cartel con la foto de Alejandro Ochoa, un hombre de expresión firme y rostro ascético:

«BIENVENIDO MONSEÑOR»

Sobre la imagen resonó imperativa la voz de un oficial:

–¡Preparados!

Tres muchachos lloraban, dos de ellos cerraron los ojos, y solo uno se mostró firme mirando directamente a sus verdugos con expresión retadora.

–¡Apunten!

El disco del sol hizo su aparición, lanzó un primer rayo sobre el grupo de condenados, y como si esa fuera la señal convenida, el oficial gritó:

—¡Fuego!

Se escuchó una descarga, los reos rebotaron contra el muro y acabaron rodando los unos sobre los otros.

Impasible, confiando en sí mismo y sin moverse de su sitio, el oficial desenfundó su revólver y disparó a las cabezas de los ejecutados que aún se agitaban.

Concluida su labor dio media vuelta y se alejó colina abajo seguido por su avergonzada tropa, y mientras se alejaba arrancó parte del cartel de tal modo que únicamente quedó visible parte de la fotografía.

A los pocos minutos, cuando apenas habían desaparecido por el senderillo que se adentraba en un espeso bosque, un anciano sacerdote y tres religiosas surgieron de entre la espesura e iniciaron un trabajoso ascenso por el empinado sendero que se abría paso a través de un inmenso vertedero de oxidados televisores, consolas, ordenadores y teléfonos móviles.

Cuando desembocaron frente a la colina en cuya cima se alzaba el cementerio se detuvieron, como si les asustara lo que iban a encontrar, pero al fin decidieron correr pendiente arriba.

Fueron las mujeres, mucho más jóvenes, las que llegaron en primer lugar, y por un momento permanecieron inmóviles, como nuevas estatuas de los deteriorados mausoleos, impresionadas por el macabro espectáculo que significan seis ensangrentados cuerpos de adolescentes sobre los que comenzaban a zumbiar las moscas.

—¡Dios bendito! ¡Pobres muchachos...!

Al poco el jadeante sacerdote se arrodilló junto a los cadáveres comenzando a trazar la señal de la cruz sobre sus frentes mientras las religiosas se cercioraban de que no había supervivientes, aunque de improviso la más joven se inclinó sobre uno de ellos y al poco se tumbó sobre él con el fin de pegar su oído al pecho.

Cuando alzó el rostro su hábito aparecía rojo de sangre, pero sus ojos brillaban de alegría:

–¡Está vivo...! –exclamó–. ¡Está vivo...!

Inmediatamente sus acompañantes acudieron a su lado y la más anciana extrajo de un maletín un estetoscopio, se lo ajustó con ademán experto, auscultó el pecho del herido y al fin asintió convencida:

–Es apenas un soplo, pero vive.

–¿Podríamos salvarle?

–No lo sé porque ha perdido mucha sangre. Corra al hospital y pídale a la doctora Ojeda que venga.

–Pero la doctora Ojeda es dermatóloga. ¿No sería mejor que viniera el doctor Menéndez?

–El pobre doctor tardaría dos horas en el caso de que consiguiera llegar sin que le diera un infarto. Corra cuanto pueda, que Dios le acompañe y ni una palabra a nadie porque si esos canallas se enteran volverán a rematarle.

La joven monja echó a correr tropezando y volviéndose a levantar mientras atravesaba el gigantesco vertedero, pero en cuanto se internó en el bosque advirtió que las faldas se le enganchaban en las zarzas y las ramas, por lo que tras luchar por liberarlas y encontrarse a los pocos metros con el mismo problema optó por deshacerse de los hábitos y continuar su carrera en ropa interior.

Al cruzar por un claro, un muchacho que se sentaba sobre un viejo ordenador destripando otro se quedó estupefacto con un montón de cables en la mano, y en cuanto la religiosa desapareció en la espesura agitó negativamente la cabeza creyendo que había sido víctima de una alucinación.



–Entiendo tus quejas y admito que la represalia ha sido excesiva, pero no soy yo quien debe controlar al Ejército, dado que se supone sois un país libre, independiente y democrático.

–Pero la mayoría de los oficiales no obedece las órdenes de sus superiores, sino las de tus asesores.

–¿Y me culpas por ello? –fingió escandalizarse Michael Fleischer mientras rellenaba una copa de coñac y humedecía la punta de un habano–. ¿Estamos financiando al Ejército que os permite manteneros en el poder y nos acusas porque se limita a hacer su trabajo? No es serio, Manuel. No es serio.

–¡Oh, vamos! No sigamos fingiendo –le rogó su interlocutor visiblemente molesto–. Lo único que te pido es que no se derrame tanta sangre. Da mala imagen.

–¿Y de quién es la culpa? –quiso saber su flemático interlocutor–. Como gobernador y máxima autoridad de Malamar, firmaste un contrato por el que se nos permitía levantar un «Centro de Investigación y Recuperación» en la isla. No obstante, en cuanto nuestros camiones cruzan el puente los incendian.

–Pero es que ese pomposamente autoproclamado «Centro de Investigación y Recuperación» no es más que un vertedero en el que almacenáis material contaminante.

–Cierto, pero cada camión cuesta dinero y los rebeldes ya han apaleado a media docena de conductores prometiéndoles que arderán junto a su carga si vuelven a poner los pies en la isla. ¿Es esa forma de cumplir un trato?

–Tampoco lo es fusilar muchachos.

–Pues deberías poner orden en tu casa. Malamar es un asco; no tiene ni tan siquiera un puerto decente en el que descargar contenedores y no produce alimentos ni cualquier otra cosa que amerite su existencia exceptuando una fábrica de productos químicos que debería haberse cerrado hace treinta años.

–Pertenece a los Salazar –le hizo notar el gobernador Soria en un tono que parecía indicar que el mero hecho de nombrar al difunto dictador ponía fin a cualquier tipo de discusión.

–Lo sé, pero aparte de esa maldita fábrica no hay más que putas montañas, jodidos barrancos y lluvias torrenciales. Ni siquiera vale la pena explotar los bosques porque cuesta más transportar la madera que lo que pagan por ella. Lo único que esta isla exporta es pescado seco y tabaco de pésima calidad, por lo que lo lógico y sensato es vaciarla y convertirla en vertedero. El que se quiera quedar que se quede, pero ateniéndose a las consecuencias.

–El presidente se niega –le hizo notar su interlocutor–. Le haría perder las elecciones.

–Ese es vuestro problema, no el mío –Michael Fleischer parecía dispuesto a defender sus intereses costase lo que costase, por lo que añadió–: Tu presidente, Cristian Narbona, tiene muy poco de cristiano y mucho de Narbona. Fue quien nos hizo venir, quien te ordenó firmar ese contrato y quien más se beneficia, por lo que si no nos garantiza la seguridad de nuestro personal, dejaremos de financiarle y veremos cómo se las arregla.

–Eso suena a amenaza.

–No es que suene amenaza; es que lo es.

–No nos gustan las amenazas.

–Lo comprendo pero pretendéis tener un ejército de mercenarios y disfrutar de coches oficiales, televisores, ordenadores o teléfonos móviles y que lo paguen otros. ¿Te parece justo que además tengamos que almacenar todo esos trastos cuando ya resultan inservibles? ¿Por qué? ¿Qué nos estáis dando a cambio?

–Admito que no mucho, pero son productos tóxicos que están contaminando aún más el río, los casos de cáncer se disparan, y ya se han producido demasiadas muertes. Sobre todo de niños.

–Lo lamento; de veras que lo lamento –el hombre que seguía fumando impasible su imponente habano parecía sincero, pero continuaba sin ablandarse–. Me encantan los niños y disfruto tanto como ellos cuando vienen a ver mi museo de «La Guerra de las Galaxias», pero trabajamos para quienes necesitan librarse de un grave problema. No obligamos a nadie a aceptar nuestras condiciones, pero quienes las aceptan saben el peligro que corren.

–No imaginábamos que fuera tanto.

–Pues lo es. El día que Donald Trump decidió abandonar el acuerdo sobre el cambio climático provocó que países que estaban comprometidos con el medio ambiente se replanteasen la cuestión alegando que si el mayor contaminador dejaba de colaborar no existía razón para que ellos continuaran haciéndolo.

–Lo recuerdo –aceptó de mala gana el gobernador de Malamar.

–Incluso un representante escandinavo se atrevió a comentar: «Si el que más caga ni siquiera tira de la cadena, no seré yo quien limpie su mierda».

–Altamente expresivo.

–Lo que importan no son las palabras sino la sinceridad –fue la seca respuesta–. Empresarios y votantes de medio mundo están de acuerdo a la hora de considerar que lo que es bueno para los americanos también debe serlo para ellos, y por lo tanto no moverán un dedo ni gastarán un céntimo por evitar el deterioro del planeta. Esa será una parte importante de la herencia de Trump.

–Siempre se pretende culparle de todo.

–Y resulta absurdo; el mundo ya estaba corrompido cuando él nació y por lo tanto no es la semilla de la que surgió un árbol ponzoñoso sino el último fruto de un nuevo árbol mucho más ponzoñoso.

–Curiosa definición.

–Pero acertada. Y lo malo es que tanto tú como yo debemos admitir que medramos a su sombra y de la manera más detestable puesto que cuando la corrupción afecta a edificios, carreteras, trenes o aeropuertos, es maligna, inmoral y canallesca, pero se limita a una simple cuestión de dinero. Sin embargo, cuando afecta al

medio ambiente va mucho más allá, puesto que pone en riesgo la salud de millones de personas.

Quien le escuchaba se vio obligado a reconocer que tenía razón puesto que como gobernador de la isla sabía mejor que nadie que en otros tiempos Malamar había sido un lugar tranquilo y próspero gracias al café, el tabaco y una poderosa industria de salazón basada en que el generoso mar circundante proporcionaba una materia prima de primerísima calidad. No obstante, con el final de la colonia llegaron las dictaduras, y el general que se sentó en el sillón presidencial a mediados del siglo veinte, Leoncio Salazar, no tuvo mejor ocurrencia que construir un largo puente que la uniera al continente y montar una fábrica de productos químicos a orillas del único río que la atravesaba. De ese modo se aseguró el futuro y el sus descendientes, pero la gran cantidad de mercurio, radio, metales pesados y compuestos órgano-clorados que la fábrica arrojaba al cauce acabaron, no solo con los mejores cafetales, sino que provocó incontables enfermedades que afectaban a las plantas, los animales y los seres humanos.

—Por desgracia tienes razón —admitió de mala gana—. En sesenta años hemos perdido casi una tercera parte de nuestros habitantes, pero los que no han emigrado siguen pensando que lo único que ha destruido Malamar —y que continuará destruyéndola— es el progreso. Nos han convertido en el lugar del mundo con más pacientes de cáncer por número de habitantes y los que pudieron abandonaron la isla, pero los que nos quedamos nos hemos resignado a la idea de que más vale arriesgarse a morir de cáncer en tierra propia que morir de hambre en tierra extraña.

—Pues a mi modo de ser se trata de una pésima decisión —fue la convencida respuesta del inmutable Michael Fleischer—. Hasta el más inepto es capaz de encontrar un pedazo de pan que acabe con el hambre, pero ni los científicos más inteligentes son capaces de encontrar un remedio que acabe con el cáncer.



Los techos rezumaban humedad, los baños aparecían rotos, las ventanas cubiertas con periódicos y las camas amontonadas en los pasillos, junto a simples jergones sobre los que se hacinaban hombres, mujeres y niños, por lo que llamarlo «hospital» constituía una broma de mal gusto, puesto que se trataba de un vetusto caserón desconchado y apuntalado aquí y allá, una caricatura de edificio deprimente y tétrico que amenazaba ruina y en el que de mala manera habitarían las bestias y menos aún debería encontrarse habitado por seres humanos.

Se trataba de un lugar dantesco; un mundo de pesadilla donde un pequeño grupo de religiosas, el achacoso doctor Menéndez, la hiperactiva dermatóloga y tres enfermeras intentaban paliar los sufrimientos de tanto desgraciado.

El viejo sacerdote consolaba a un herido y una mujerona daba instrucciones en la cocina tratando de hacer milagros a la hora de alimentar a tanta boca hambrienta, mientras un muchacho le limpiaba el rostro a una anciana que escupía sangre.

La joven monja que había corrido semidesnuda por el bosque y el vertedero se ocupaba ahora de atender a un grupo de niños de cabezas afeitadas y piel amarillenta.

Se advertía cansancio, desaliento y casi desesperación en los rostros y no era para menos ya que se sabían totalmente desbordados por el exceso de trabajo y la carencia de medios.

Tres de los niños tosían constantemente. La doctora Ojeda comprobó a simple tacto que su fiebre era alta, alzó el rostro y distinguió a la incansable Madre Teresa que hacía su aparición al fondo de la sala e inquirió:

—¿Qué se sabe del camión de suministros?

—Nada.

—¡Pero tenía que haber llegado hace tres días!

—Si no lo han interceptado los soldados o los guerrilleros, no lo ha requisado el gobernador o el conductor no ha decidido vender la mercancía y desaparecer.

—¿Y qué vamos a hacer si no llega?

—Rezar.

Violeta Ojeda siempre había sido una mujer pragmática y aunque sabía muy bien que aquella era la única respuesta válida, se negó a aceptarla.

—No es tiempo de rezar, Madre —señaló—. Los niños no se van a curar con rezos. ¡Necesitamos esos suministros!

—¿Cree que no lo sé? —fue la áspera respuesta—. ¿Pero qué podemos hacer? Si hubiéramos pedido ametralladoras o misiles ya los tendríamos, pero tan solo hemos pedido alimentos y medicinas.

—¿Y cuánto podremos resistir si no llega el camión?

–¿Resistir? –se asombró la religiosa indicando con un amplio gesto a su alrededor–. Yo con un pedazo de pan resisto lo que quiera, pero dígaselo a ellos; están enfermos, y apenas quedan analgésicos ni antibióticos.

